

¡¡¡EL MIÉRCOLES!!!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JUAN RICO Y AMAT.

Representada en el teatro del Príncipe en la noche del 24 de Noviembre de 1864.





MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS. — ACTORES.

PERSONAS.	ACTORES.
BRÍGIDA	DOÑA ADELAIDA ZAPATERO.
MARTINA	DOÑA TRINIDAD SABATER.
DON CANUTO	D. MARIANO FERNANDEZ.
LEON	D. RAFAEL MUÑOZ.
VIZCONDE	D. MANUEL PASTRANA.
MAURICIO	D. MANUEL ESTESO.
UN CRIADO.	
UNA SEÑORA.	
OTRA.	

Criados del Vizconde. Personas de ambos sexos.

AL SIMPÁTICO Y CONCIENZUDO ACTOR

D. MARIANO FERNANDEZ,

EN PRUEBA DE BUENA AMISTAD,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Salon de una pasteleria con algunas mesas y sillas alrededor. Á la derecha, y en primer término, puerta pequeña, y otra igual á la Izquierda que da paso á una habitacion. Puerta de entrada en el fondo y una claraboya ó traga-luz encima. Á un lado un armario con botellas y algunos efectos, y otro igual enfrente, que sirve de ropero. La accion empieza al anochecer y está la escena alumbrada por una lámpara que pende del techo. En sitio conveniente un balcon abierto.

ESCENA PRIMERA.

D. CANUTO.

Al levantarse el telon se oye cantar y aplaudir en la habitacion de la derecha: D. Canuto, que entra por el fondo, se quita el gaban y el sombrero, que coloca en el armario de la derecha, de donde saca una chaqueta y gorro blancos que se pone mientras va hablando.

¡Anda, anda! y cómo se divierte la gente... Es tan natural y tan propio el calentarse los cascos en la celebracion de una boda —¡Ay! qué recuerdos tan tristes me traen esas risas y canciones... Tambien cantaba yo, y reia hace un año, siendo el protagonista en una funcion semejante, y hoy rabio y pateo á todas horas con mi dichoso

matrimonio. ¡Ah!... mujeres... mujeres... mujeres!... Qué buenas sois mientras dura la luna de miel, pero qué pronto nos dejais á la de Valencia, y mas amargos que una retama. Por ley de buen gobierno, no debian durar los matrimonios mas de una semana; en llegando el domingo, camisa limpia y mujer nueva. Ese seria el único modo de que hubiese tranquilidad en las familias. ¡Oh libertad, libertad sacrosanta, yo te saludo! No sé cómo hay un casado que no cante en su casa á todas horas aquello de los *Puritanos*: (Cantando.)

«Suene la trompa intrépida,
y puñalada fuerte:
si no hay divorcio... ¡muerte!...
¡ó muerte... ó libertad!

VOCES. (Dentro.) ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Vengan mas botellas de Champañ!... ¡pronto! (Ruido de vasos y cuchillos.)

CANUTO. Ya van, ya van. Se conoce que estan ya medio chispos, y no me van á dejar títere con cabeza. ¡Mauricio! ¡Agustin! ¡Vamos! (Llama desde la puerta del fondo.)

ESCENA II.

D. CANUTO y MAURICIO con dos candaleros encendidos, que pone sobre las mesas.

MAUR. ¿Qué se ofrece, don Canuto?

CANUTO. Oye primero. ¿Llevaste los pasteles y la carta á casa de aquella señora?

MAUR. Á ella misma se la entregué. Voy á dar á usted la contestacion. (Se registra los bolsillos.)

VOCES. Dentro.) ¡Mozooo!

CANUTO. Anda con dos mil diablos y llévales estas botellas al instante. (Saca unas del armario de la izquierda y se las da.)

MAUR. ¡Vaya unos mosquitos! Cómo se conoce que beben á costa del novio.

CANUTO. Sal al momento á ver si parece esa dichosa carta.

ESCENA III.

D. CANUTO arreglando los objetos del armario y las mesas y sillas de la habitacion.

Solamente faltaba ese percance para que el dia fuese completo. Despues de haber quebrado mi socio, el pastelero de la calle del Gato; de haber reñido hoy tres veces con mi mujer por causa de ese parroquiano que le hace la córte; de habérseme quemado las empanadas esta tarde, y de haber muerto por último esta mañana mi perro de caza, al disparar á una codorniz, no me faltaba otra cosa sino que Mauricio hubiera perdido la carta de mi hermosa guantera, y fuese á parar á manos de mi mujer... Si Brígida descubriese estos amorios de contrabando, me mataba. Y bien reflexionado, yo soy un seductor... ¡un criminal! Pero ¡señor! ¿quién no lo es asistiendo á los bailes de Capellanes y teniendo ademas en su casa una mujer tan regañadora y tan coqueta como la mia?

ESCENA IV.

D. CANUTO, MAURICIO y BRÍGIDA.

CANUTO. Gracias á Dios que sales. ¿Has encontrado ya la carta de esa señora? (Aparece Brígida en la puerta del foro y escucha.)

MAUR. Eso estoy buscando... Pero por lo visto, me la he dejado en el mostrador. Voy á ver...

BRIGIDA. No te molestes, Mauricio, que ya se la subo yo á tu amo. (Se va Mauricio á una seña.)

CANUTO. (¡Adios mi dinero!... ¡Qué tempestad se prepara!...)

BRIGIDA. Tome usted, señor libertino... marido trashumante... pastelero de embuchados amorosos...

CANUTO. ¿Y á qué viene ahora ese arrebato?

BRIGIDA. ¡Lea usted, y cáigase muerto de vergüenza!

CANUTO. Y bien... ¿Qué tiene que ver esa carta, para encoleri-

zarse de ese modo?

BRIGIDA. ¡Ingrato! Mientras yo me estoy defendiendo con un valor heróicio de los repetidos ataques de ese desconocido...

CANUTO. Mira, Brígida; no me recuerdes á ese hombre, porque se me revuelve la bilis, y cada vez que viene á la pastelería me dan ganas de estrangularlo. Sobre todo, no olvides, en medio de tu heroicidad, que vivo muy alerta, y que si veo que flaquea la plaza, acudiré en su auxilio con un buen garrote.

BRIGIDA. Eso es; amenáceme usted ahora, despues de lo que ha hecho.

CANUTO. Pero, mujer... ¿si no te explicas?...

BRIGIDA. Explíqueme usted antes el verdadero sentido de esta epístola amatoria... (Lee.) «Mi querido Canuto: he recibido la tuya con los pasteles, y te agradezco sobremanera este nuevo obsequio, con que me muestras tu cariño. Siento en el alma no poder acceder esta noche á la cita que me exiges, por impedírmelo una ocupacion absolutamente indispensable. Mañana al anochecer, te espera en el consabido portal tu apasionada »Martina.»

CANUTO. (¡Maldito Mauricio! ¡Ahora será ella!)

BRIGIDA. Vamos á ver, ¡infame! ¿Cómo me explica usted?...

CANUTO. Yo te diré... Esa carta,, vamos... esa carta... se explica.

BRIGIDA. Si, si... ¿Cómo?

CANUTO. Pues... (Qué idea...) De una manera muy sencilla.—Esa Martina que la firma, es novia de un íntimo amigo mio, que puede decirse que es otro yo, y en mi nombre y por mi conducto, pasan las cartas y los pasteles, que ese desventurado amante no puede enviar directamente por impedírselo grandes inconvenientes de familia.—Vamos! ¿te has convencido ya, pichona mia, de que tu Canuto no te es infiel? (La acaricia.)

BRIGIDA. No señor, aun no lo estoy del todo. No hay quien me quite de la cabeza que esa amante callejera, esa virtud de portal, corre de cuenta tuya, y que se ha comido á tu costa muchos pasteles, de cuya falta siempre culpa-

bas al gato... Y yo... ¡tonta de mí!... que los amasaba con tanto esmero, porque me decias que agradaban mucho á los parroquianos... Si fuera verdad que se los has regalado á esa Martina... yo me vengaria... ¡Monstruo! Despues que trato con tanto desden á ese jóven...

ESCENA V.

DICHOS, el VIZCONDE, con grandes patillas postizas.

CANUTO. (Ya le tenemos ahí.... ¡Maldito moscon!)

VIZC. Hola. Siempre juntitos. Son ustedes un modelo de buenos matrimonios, y me alegro de observar en este tanta armonía. (Se sienta á una mesa.)

CANUTO. Muchas gracias. (¡Hipócrita!)

BRIGIDA. ¿Supongo que tomará usted hoy tambien el pastelillo de costumbre y la consabida copa de marrasquino?

CANUTO. Eso es una bachilleria, Brígida. Si los parroquianos quieren algo, ellos lo pedirán.

BRIGIDA. Como el señor acostumbra tomar todos los dias una misma cosa, por eso...

VIZC. Es cierto; y me sienta muy bien este refrigerio que la linda pastelerita me sirve siempre con tanta amabilidad.

CANUTO. (Ya empezamos.)

BRIGIDA. Voy á traer...

CANUTO. No hay necesidad de que tú lo traigas; para eso estan los criados. Vamos, vamos allá abajo, que está solo el mostrador.

BRIGIDA. (No puede ocultar sus celos.)

CANUTO. Yo mismo le traeré ese pastel... (que ojalá le sirva de veneno! ¡Oh! como la cosa se ponga séria, voy á meter en una empanada una buena dósis de estrignina, y á hacerle reventar como á un perro!) (Vánse.)

ESCENA VI.

El VIZCONDE, despues D. CANUTO.

VIZC. Pues señor, está visto. Este hombre no se separa un momento de su mujer, de modo que no puedo hablarla á solas una palabra. Por mas que vengo todos los dias y á distintas horas, aun no he podido hallar una ocasion á propósito para declararme, y no dudo que en sabiendo esa chica que es todo un Vizconde, el sobrino de un ministro, quien la pretende, acogerá mi amor. Voy poner hoy en práctica mi proyecto de fingirme jefe de la policía secreta, y aunque haya que prender al marido por media hora, lo haré. ¿Estarán alerta mis criados? (Mira por el balcon.) Si; allí los veo, en el portal de enfrente esperando mis órdenes. Hola. Aqui está el mónstruo.

CANUTO. Ahí tiene usted el pastel y la copa. (Colocándolos bruscamente sobre la mesa.)

VIZC. Mal humor gasta hoy el señor pastelero...

CANUTO. Yo gasto lo que tengo... ¿Le importa á usted algo?

VIZC. Hombre, no. Pero me parece que hoy ha pisado usted mala yerba.

CANUTO. (Pues aun no te he pisado á tí.) Á nadie le faltan sus motivos para estar disgustado.

VIZC. Aun lo estaria usted mas si yo no lo apreciase tanto y le negara mi proteccion.

CANUTO. ¿Su proteccion... eh?... (Así empiezan todos; protegiendo al marido.) Yo no necesito la proteccion de nadie.

VIZC. Si usted me conociera, me trataria con mas amabilidad.

CANUTO. ¿Pues quién es usted?

VIZC. El jefe de la policia secreta. (Levantándose y hablando con mucho misterio.)

CANUTO. ¿De la ronda de capa?

VIZC. Sí señor. Mire usted allí á mis dependientes.

CANUTO. ¿Y cómo es que va usted de gaban?

VIZC. Porque ahora la policia viste con mas elegancia.

CANUTO. Ya lo veo. Estará ahora el oficio mejor pagado.

VIZC. De modo que si no fuese por mí...

CANUTO. ¿Qué me sucederia?

VIZC. Que no pasaria un dia solamente sin que sufriese usted una reprension ó una multa por las faltas que se cometen con frecuencia en su establecimiento. Ya vé usted si le es provechosa mi amistad.

CANUTO. Ya lo veo, y se lo agradezco infinito. (Sin embargo, no me dejaré engañar.)

VIZC. (Brigida no sube, porque sin duda él se lo habrá prohibido. Empecemos ya la farsa.) Señor don Canuto; el gobierno ha llegado á saber que en esta pasteleria suelen reunirse ciertos conspiradores y se me ha mandado vigilarla á todas horas.

CANUTO. ¿Conspiradores en mi establecimiento?—Já... já... já... Vamos, dígale usted al gobierno de mi parte que ve visiones.

VIZC. Sus ideas de usted...

CANUTO. Yo no tengo otras ideas en política, que apoyar siempre las opiniones de mis parroquianos, sean las que fueren.

VIZC. Pues eso, don Canuto, es pastelear.

CANUTO. Y yo, qué oficio tengo mas que el de hacer pasteles?

VIZC. Se me ha prevenido de órden superior, practicar ciertas indagaciones. Quiero saber qué personas se han reunido aqui de un mes á esta parte, con pretexto de algun convite.

CANUTO. ¿Y qué sé yo quiénes son los que vienen á mi pasteleria? Para comer unos pasteles no se necesita presentar antes la fé de bautismo ni la carta de vecindad.

VIZC. Pero usted debe enterarse...

CANUTO. Qué me importa á mí el saber si mis parroquianos son blancos ó negros, con tal de que me paguen la cuenta en moneda corriente?...

VIZC. Sospecho, don Canuto, que me oculta usted la verdad y quizá sea usted cómplice de los revolucionarios.

CANUTO. Pero, ¡hombre de Dios! ¿Cómo he de conspirar yo con-

tra el gobierno no siendo cesante ni oficial de remplazo?

Vizc. Á la policia nada se le oculta, todo lo ve.

Canuto. Y tanto; como que algunas veces ve... hasta lo que no existe.

Vizc. En fin, yo tengo que cumplir hoy con mi deber; y ya que no confiesa nada, necesito hacer sobre este asunto algunas preguntas á su mujer de usted.

Canuto. Voy á llamarla, y se convencerá usted al instante de que el gobierno en este asunto no sabe lo que se pesca.

Vizc. Le advierto que se quede allá abajo mientras practico esas averiguaciones.

Canuto. (Ya lo comprendo todo. Eso de la conspiracion ha sido un enredo para quedarse á solas con Brígida.) Yo debo estar presente en ese acto; soy su marido... y... (Desde la puerta.)

Vizc. En esta clase de negocios los maridos estan de mas. Tengo que tomar á su mujer de usted una declaracion judicial, y ya comprenderá...

Canuto. Si, si. (Lo que comprendo es que en vez de tomarle una declaracion judicial, trata de hacerle una idem amorosa.)

Vizc. Vamos, despache usted, que tengo prisa.

Canuto. Voy á obedecer á la autoridad. (Estaremos sobre aviso, y como la declaracion sea con cargos... puede ser que despache yo al juez por la ventana.)

ESCENA VII.

El VIZCONDE y á poco BRÍGIDA y D. CONUTO, que se queda en la puerta.

Vizc. Gracias á Dios que podré hablar un instante á esa linda muchacha, sin que me lo estorbe el posma del pastelero. Si no me ocurre esta estratagema, me marcho hoy como otros dias sin adelantar terreno. Ella viene. Don Canuto, cierre usted esa puerta, y que no nos estorbe nadie.

CANUTO. Yo me pondré aqui de centinela para que ninguno entre.

VIZC. No puede ser. El buen servicio exige que esta conferencia se celebre sin testigos. Yo le avisaré cuando se termine la declaracion.

CANUTO. Está bien. Obedezco y me retiro... (Estaré alerta por si acaso.)

ESCENA VIII.

BRÍGIDA y el VIZCONDE, que cierra las puertas con mucho misterio.

BRIGIDA. Me ha dicho mi esposo que queria usted hacerme algunas preguntas, y no sé á qué vienen esos preparativos de cerrar las puertas.

VIZC. No se asuste usted, Brígida. Mi objeto no es otro que manifestarle sin testigos lo que ya le han dicho mis ojos; que la adoro con toda mi alma, y que estoy dispuesto á sacrificarle mi vida para conseguir su cariño.

BRIGIDA. ¿Luego eso de la conspiracion ha sido un pretexto?

VIZC. Para poder hablar á solas con usted y revelarle cuanto sufre mi corazon desde el dia...

BRIGIDA. Basta ya de locura. Yo soy una persona honrada, y me ofende usted con sus pretensiones.

VIZC. ¿Y desprecia usted así el amor de un viz?...

BRIGIDA. ¿De un vizco?... Pues usted no tiene los ojos torcidos.

VIZC. Quise decir, de un jefe de policia.

BRIGIDA. Tanto peor. ¡Jesus! Me da usted un miedo con esas patillas...

VIZD. Si es por eso me las quitaré. (Como que son postizas.)

BRIGIDA. No, no; puede ser que agrade usted á otra de esa manera.

VIZC. Vamos, no se muestre usted tan inhumana, y concédame al menos una esperanza. Y en señal de que no le es indiferente mi pasion, permítame usted besar esa preciosa mano... (Trata de hacerlo y ella se resiste.)

BRIGIDA. Ea, tenga usted juicio, y no se propase de ese modo.

VIZC. No he de marcharme hoy sin esa prueba de cariño. Yo estoy ciego de amor y... (Persiguiéndola.)

ESCENA IX.

DICHOS, D. CANUTO asomando la cabeza por la claraboya.

CANUTO. ¡Alto al fuego, señor polizonte!...

VIZC. ¿Qué hace usted ahí?

CANUTO. ¿Cómo que qué hago? Mirar cómo cumple su comision. Y en verdad que el gobierno no le habrá encargado la de cortejar á mi mujer.

VIZC. Yo le he prohibido que entrara en esta sala.

CANUTO. Yo no estoy en ella. Me he colocado aquí como en un balcon; voy á tomar el fresco.

VIZC. De suerte que desde ahí...

CANUTO. Desde aquí he visto... lo que no hubiera querido ver...

VIZC. Y bien, ¿qué es lo que usted ha visto?

CANUTO. ¿Qué? Que la policía en mi casa, en vez de buscar conspiradores, conspira ella misma contra los derechos de un marido pacífico, contra la tranquilidad de un ciudadano que paga sus contribuciones corrientes, y que por cierto no son flojas!..

VIZC. Esto ha sido una broma nada mas. (Apóyeme usted.)

CANUTO. (Á Brígida.) ¿Qué dices tú á eso?

BRIGIDA. (Voy á vengarme de los celos que me ha dado con esa Martina.)

CANUTO. Vamos, responde.

BRIGIDA. Es verdad. Ha sido una broma para reirnos un rato de tus ridículas manias...

CANUTO. ¿Conque ha sido una bromita... eh?... Pues si la repites, puede ser que yo te arrime tambien un sobo... así por bromear... (Desaparece de la claraboya y entra á poco por la puerta.)

VIZC. Una palabra no mas; pronuncie usted una palabra de cariño...

BRIGIDA. Déjeme usted en paz, que va á venir mi marido, y despues de lo que ha pasado creerá...

CANUTO. ¡Qué!... ¿Continúa la broma?

VIZC. Usted sí que está hoy muy contento.

CANUTO. ¡Oh, mucho, mucho! ¡Voy á reventar de alegria!...

VIZC. (Pues señor, este hombre lleva trazas do no dejarme á solas con ella ni un minuto... Lo mejor será volver despues; él suele salir mas tarde.) (Se oye mucho estrépito en la habitacion de la derecha.) ¿Qué alboroto es ese?

CANUTO. Nada. Los de la boda, que beben y chillan de lo lindo.

VIZC. Ese escándalo no puede tolerarse por mas tiempo. Entre usted y procure que no alboroten de ese modo.

CANUTO. (Está empeñado en quedarse á solas con mi mujer.)

VIZC. Vamos, qué le detiene á usted? Yo no puedo consentir que de esa manera se perturbe el órden público.

CANUTO. Ese ruido ne se oye desde la calle.

VIZC. Si no restablece usted el órden al instante, le impongo una multa.

CANUTO. (Cómo abusa de su autoridad!) Silencio, señores! Con esos gritos dice la policia que se altera el sosiego público y que puede caer el ministerio. (Desde la puerta derecha, pero volviéndose de cuando en cuando, observando á su mujer y al Vizconde.)

VIZC. Yo no he dicho eso.

CANUTO. Bueno. Esto último lo he añadido yo. (Siguen alborotando.) ¡He dicho que silencio! (Desde la puerta.)

DENTRO. ¡No nos da la gana! ¡Para eso pagamos! ¡Muera el pastelero!

TODOS. ¡Muera!

VIZC. ¿Ha oido usted? un muera al ministerio...

CANUTO. Cá, no señor. Si ese muera ha sido á mí... al pastelero...

UNA VOZ. ¡Vivan los novios!

OTRA. ¡Viva la bacanal!

TODOS. ¡Viva!

VIZC. ¡Un viva al general!... ¿Qué general es ese?... (¿Saldrá cierta mi mentira sobre la conspiracion? Voy á decírselo á mi tio, para que ponga la tropa sobre las armas.)

CANUTO. Se conoce que tiene usted mucho miedo.

VIZC. ¿Sabe usted qué general es ese que está ahí dentro?

CANUTO. Ahí no hay ningun general... si acaso algun cabo. Son unos horteras de la calle de Postas, que estan celebrando una boda.

VIZC. Hágales usted callar.

CANUTO. Estan borrachos todos y no obedecen á nadie.

VIZC. Pues le declaro á usted responsable de lo que suceda.

VOCES DE HOMBRE Y MUJER. (Dentro.)

¡No!
¡Si!
¡Insolente!
¡Por Dios!
¡Ay!
¡Huyamos!

(Suena un tiro. Salen precipitamente varias personas de ambos sexos que atropellan á D. Canuto, y huyen por el fondo en la mayor confusion.)

VIZC. ¿Qué es esto, señores?

UNA SEÑ. ¡Un muerto!

OTRA. ¡Un tiro!

BRIGIDA. ¡Dios mio!

CANUTO. ¡Otra calamidad!

VIZC. Voy á llamar á mis agentes. ¿Ve usted el resultado de no haberme obedecido? (Hace señas silbando desde el balcon.)

CANUTO. ¿Y quién se habia de figurar?...

VIZC. Si hubiese usted entrado cuando yo lo dije...

CANUTO. (Prefiero que me fusilen á dejarlo solo otra vez con Brígida!)

ESCENA X.

DICHOS y CUATRO CRIADOS del Vizconde, embozados.

CRIADO. Aqui estamos, señor.

VIZC. Vean ustedes si hay algun herido en ese cuarto. (Entran y salen en seguida.)

CANUTO. Hoy me ha declarado guerra el infierno. Pero, señor, ¿qué dia es hoy? ¡Ah! Hoy es miércoles y nada me ex-

traña.

VIZC. Bien le dije á usted que para evitar una desgracia apaciguase ese tumulto.

CANUTO. ¿Tengo yo la culpa tambien de lo que ha sucedido?

VIZC. Usted es el único responsable de todo.

CRIADO. Señor, ahí hemos encontrado muerto á un hombre. Debajo de la mesa se vé un gran charco de sangre... (Habla en secreto con el Vizconde y este se rie.)

CANUTO. ¡Estamos perdidos! (Á Brígida.)

VIZC. Ahorá responderá usted del crímen, ante los tribunales. El código penal está bien claro. Seis años de presidio.

CANUTO. Válgame san Gervasio... protector de los pasteleros.

BRIGIDA. Pero mi marido es inocente.

VIZC. Lleven ustedes el cadáver al hospital, sacándolo por la puerta falsa, y conduzcan al reo con toda seguridad... (á los sótanos de casa), mientras yo me quedo aqui... para formar las primeras diligencias...

CANUTO. (Y para acabar de embromar á mi mujer.) (Entran dos criados en la habitacion de la derecha, y los otros dos, sacando una cuerda, atan los brazos por detrás á D. Canuto.)

BRIGIDA. Tenga usted compasion de ese desgraciado.

VIZC. Veremos si se le puede favorecer en alguna cosa. Eso dependerá de las circunstancias.

CANUTO. (Es verdad; (Mirando con intencion á Brígida.) de las circunstancias de mi mujer. ¡Ay! ¡Y se quedan solos... Los diablos se han empeñado en quo yo sea por fin... una víctima...)

ESCENA XI.

El VIZCONDE y BRÍGIDA.

VIZC. Ya que por una casualidad estamos sin testigos, quedemos conformes de una vez. Ya sabe usted que estoy dispuesto á sacrificarlo todo por conseguir su amor.

BRIGIDA. Déjeme usted. La venganza quo acaba de tomar con mi marido, cuya inocencia usted mismo ha presenciado,

es indigna de un hombre de honor.

VIZC. Pero, Brigida, escúcheme usted. Ya salvaremos á don Canuto de ese peligro, que no es tan grande como usted se figura. Yo he sentido mucho obrar de esta manera, pero mi deber como autoridad era prenderle.

BRIGIDA. Pues mi deber de esposa es libertarle. (Váse.)

VIZC. No he visto una muchacha mas indómita; parece mentira que se me resista de ese modo. ¿Si consistirá en estas patillas con que me he disfrazado? Debo estar muy feo. El asunto por otra parte se va complicando, y pudiera pasarlo mal, si se mezclase en él la verdadera policía. Haré que mis criados dejen abandonado á eso difunto en un portal. Luego volveré, y ofreciéndole la libertad de su marido, será posible que por gratitud... Si: las mujeres son muy agradecidas... las conozco mucho... (Váse.)

ESCENA XII.

MAURICIO, LEON y MARTINA, luego D. CANUTO.

MAUR. ¡Qué tiro mas acertado! Ni una gota de sangre le ha quedado en el cuerpo á ese difunto. (Entran Leon y Martina del brazo; ella con el velo echado y con mucho misterio.)

LEON. Trae pasteles, vino rancio, marrasquino y dos vasos de agua; y prontito... ¡que no me gusta esperar!

MAUR. Al momento estará todo. (Qué brusco es esto caballero.)
(Váse y entra con una bandeja volviéndose á marchar.)

LEON. Vamos, Martina, tranquilízate. Aqui estamos seguros.

MAUR. Estoy esta noche tan asustada, tan nerviosa... (Se levanta el velo.)

LEON. Eso no es nada. Verás como se calman los nervios con un par de copitas de vino rancio. Para las afecciones nerviosas, no hay mejor medicina que las bebidas fuertes. (Si se pusiera un poco alegrilla...) (La sirve pasteles y vino.)

MART. No sé por qué tengo miedo de estar en esta pastelería.

LEON. Con que Martinita, ¿me querrás mucho?

MART. Eso consistirá en usted. Si va usted con buen fin...

LEON. ¿Pues no he de ir? Con el tiempo ya irás comprendiendo mis designios, y te convencerás de mis fines. Lo que yo deseo por lo pronto es que los principios sean buenos; que me ames mucho, mucho. Ya verás despues como yo me porto.

MART. Pero si antes no me da usted pruebas...

LEON. Todas las que me exijas.

MART. Recuerde usted lo que le dije anoche en Capellanes. Yo ya no soy una niña, y no estoy para perder el tiempo.

LEON. Eso mismo es lo que yo deseo, que no lo perdamos ahora en hacer cálculos y proyectos para el porvenir. Disfrutemos, pues, de nuestro amor, y mas adelante ya se arreglará todo. Yo soy hombre de palabra.

MART. Lo que son palabras no les faltan á ustedes; pero en cuanto á obras... (¡Ay! estoy tan escamada en estos asuntos...)

LEON. (Pues señor, esta es de las que se van al bulto.) Y bien, ¿qué pruebas exiges de mí? Estoy dispuesto á todo.

MART. ¿Y á casarse pronto tambien?

LEON. Por supuesto. (Ya la soltó.) Cuando las circunstancias me lo permitan. Apenas ascienda á treinta mil reales, me caso.

MART. ¿Y qué sueldo tiene usted ahora?

LEON. Una cosa regular. Cuatro mil quinientos.

MART. ¿Pues qué destino tiene usted?

LEON. Escribiente tercero de la clase de cuartos de la direccion de Estancadas... donde se asciende por rigurosa antigüedad.

MART. ¿De modo que despues de diez ó doce años será usted escribiente primero?

LEON. De la clase de segundos. Y eso si no soy víctima de un arreglo.

MART. No, tiene usted mala carrera...

LEON. Es que, ademas, tengo un tio que piensa ser diputa-

do... y si lo consigue...

MART. (¡Adios mis ilusiones!)

LEON. (No le ha sentado bien la noticia.)

(Aparece D. Canuto y atraviesa la escena gritando sin fijarse en ellos. Entra en la habitacion de la derecha y sale á poco.)

CANUTO. ¡Brígida! ¡Mauricio! ¡Agustin! ¡No hay nadie!

MART. (¡Cielos, Canuto!) Entremos en esa habitacion, que no quiero que me vea ese pastelero. Me conoce un poco, y si me viese aqui pudiera contárselo á mi tia. Es muy hablador, y ya otra vez me comprometió con ella.

LEON. Yo le veré ahora, y pobre de él si dice una palabra. (Martina le detiene.)

MART. No, no. Esperemos á que haya una ocasion para salir sin que me vea.

LEON. Bien; pero mejor seria amenazarle, y yo te aseguro...

MART. No, por Dios. Entremos aquí.

LEON. Entremos. (Estas chicas nerviosas tienen unos caprichos...) (Entran en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA XIII.

D. CANUTO.

¿Dónde estará mi mujer?... Este fatal silencio anuncia mi desgracia. ¿Qué he hecho yo, Dios mio, para que lluevan hoy sobre mí tantas desgracias?—Pero me estoy olvidando de que hoy es miércoles, dia siempre de mal agüero para mí. Nací en miércoles; caí soldado en miércoles; me hirieron en la guerra civil un miércoles. Un miércoles fué cuando me robaron la pastelería: otro miércoles cuando me rompí la pierna de una caida. Miércoles tambien cuando me casé con Brígida, y miércoles fué por último cuando vino aquí por primera vez ese maldito parroquiano. ¡Y hoy el señor miércoles celebra por lo visto el aniversario de mis desgracias con toda pompa y solemnidad!—¡Oh, dia execrable! Dia de maldicion! ¡Cómo me vengaria de ti... si compusiese yo el Calendario!... Pero con estas cosas me olvido de

mi mujer... ¿Dónde estará ahora?... ¡San Marcos, patr o de los predestinados... ten compasion de mi!...

ESCENA XIV.

D. CANUTO y MAURICIO.

MAUR. ¡Hola, don Canuto! ¿Ya ha venido usted?

CANUTO. Cómo se conoce que eres español, en la manera de preguntar. ¿No me estás viendo aqui?

MAUR.. ¿Y cómo ha vuelto usted tan pronto? ¿Lo han puesto á usted en libertad, ó es que se ha escapado?

CANUTO. Ya estoy libre. En España solo se escapan los pícaros.

MAUR. Cuánto me alegro de que haya usted salido en bien...

CANUTO. Si, despues de un susto de muerte y de perder cuanto han roto esos borrachos.

MAUR. ¿Y el muerto?

CANUTO. Resucitó al respirar el aire libre de la calle. Era un borracho que cayó asustado en tierra al oir el pistoletazo.

MAUR. Pues la sangre que hay en ese cuarto...

CANUTO. Esa sangre... es sangre de Valdepeñas...

MAUR. ¡Ah! ya caigo. ¿Conque el susto le produjo?... Já. já... já...

CANUTO. Escucha. Cuando me llevaron preso, ¿con quién se marchó tu ama?

MAUR. ¿Con quién? Con Agustin.

CANUTO. No dijo mi mujer adónde iba?

MAUR. Si, señor. La oí decir que á casa de un magistrado, padrino suyo, á suplicarle por usted, que se hallaba inocente.

CANUTO. Eso qué me cuentas, ¿es de veras, Mauricio?

MAUR. Vaya si lo es. Como que lo han oido estas orejas.

CANUTO. ¡Ah! qué alegria tengo... No sabes tú el peso que me has quitado de encima. Dame un abrazo.

MAUR. No me atrevo, señor. Es usted el amo, y yo...

CANUTO. Abrázame, hombre. No repares ahora en las categorias.

—Vamos á ver si vuelve tu ama. (Se abrazan. Sale Mauricio delante. Al llegar D. Canuto á la puerta, lo detiene la voz de Leon, que sale de la habitacion de la izquierda.)

ESCENA XV.

D. CANUTO, LEON.

LEON. ¡Eh! ¡Pastelero! Oiga usted.

CANUTO. ¡Queria usted la cuenta, caballero?

LEON. Lo que yo quiero ahora es ajustar otra con usted, y cuidado cómo se me contesta, porque soy capaz de hacer una barbaridad. (Enseñándole un revolver.)

CANUTO. Pero... (¿Qué me querrá ahora este hombre?...)

LEON. ¿Sabe usted quién soy yo? (Toda la escena en un tono muy brusco.)

CANUTO. No señor, y si no tiene usted la bondad de...

LEON. ¡Yo no tengo bondad de nada!...

CANUTO. Ya lo veo. Pero... ¿qué es, en fin, lo que quiere usted de mí?

LEON. Poca cosa. ¡Prevenirle que le cortaré las orejas si se lo cuenta usted á su tia!

CANUTO. ¡Caballero! Usted viene equivocado. Yo no soy sobrino de nadie. Estoy completamente huérfano de tias.

LEON. No hablo de la de usted, sino de la de ella.

CANUTO. ¡Ah! ya lo comprendo. Esa tia es un monstruo de maldad, que ha introducido la descordia en mi matrimonio dando malos consejos á su sobrina, y he tenido que despedirla de mi casa.

LEON. ¿Qué está usted diciendo? ¿Conque es usted mi rival? ¡Voy á pegarle un pistoletazo! Usted no sabe quién soy yo. (Le amenaza.)

CANUTO. Pero, hombre; ¿está usted loco? ¿Cómo puedo yo ser su rival, si soy el marido?...

LEON. ¿Conque está usted casado con esa mujer?

CANUTO. ¡Hace un año, por mi desgracia!

LEON. ¡Oh, fatalidad! Y ella que me ha dicho que era solte-

ra... ¡Aqui va á suceder una catástrofe!...

CANUTO. ¡Caballero!... Usted tiene el juicio trastornado... No puede menos.

LEON. Yo sé lo que me digo, si señor. ¿Conque es decir, que ademas de engañar á usted conmigo, me engaña á mí con usted?

CANUTO. No diga usted tanto disparate. Usted... ¿de quién está hablando?

LEON. De ella.

CANUTO. De ella... Pero, ¿quién es ella?

LEON. Esa jóven que vino conmigo, y que agurda ahí dentro.

CANUTO. ¿Ve usted como yo decia bien, que ese cerebro no está corriente?...

LEON. ¿Me insulta usted otra vez? ¿Sabe usted quién soy yo?

CANUTO. Ni quiero saberlo, ni insultarle tampoco. Solo deseo que desenredemos esta madeja. Pero, ante todo, no haga usted esos movimientos con la mano, porque el gatillo está levantado y es muy fácil que ocurra una desgracia.

LEON. Pues bien, expliquese usted, á ver si de una vez nos entendemos.

CANUTO. Yo me refiero en lo que he dicho á mi mujer, á Brigida, que nada tiene que ver con esa jóven á quien usted acompaña.

LEON. Ahora lo comprendo todo... ¿Pero usted conoce á su tia, no es verdad?

CANUTO. ¿Á la tia de mi mujer?

LEON. ¿Volvemos otra vez á enredarnos? Esa jóven, que es una chica muy honrada, no quiere salir por temor de que usted la vea y se lo cuente á su tia, como lo hizo ya en otra ocasion. Si ahora la compromete usted de nuevo, póngase usted bien con Dios... ¡Usted no sabe quién soy yo!

CANUTO. Descuide usted, caballero, y salgan cuando gusten, que seré sordo, ciego y mudo.

LEON. Pues cuidadito con lo que se hace, porque ya le he dicho que le cortaré las orejas!

CANUTO. Le repito que no se lo contaré á esa señora.

LEON. Corriente. ¡Aun no sabe usted quién soy yo! (*Yéndose hácia la habitacion de la izquierda.*)

CANUTO. Y es mucha verdad, porque tocante á su nombre, aun no me ha dicho una palabra. Pero... ¿quién será esa tia á quien yo conozco, y esa sobrina que me conoce á mí, y este personaje desconocido de todos? ¡Y él es una fiera, capaz de desorejarme ó de pegarme un tiro!... (*Leon ha ido retrocediendo otra vez desde la puerta, y dando á D. Canuto una palmada en el hombro, le asusta.*)

LEON. ¡Que voy á salir con ella!... Cuidadito con mi encargo, y no se olvide usted de Leon... (*Váse por la izquierda.*)

CANUTO. ¡Leon! Ya decia yo que era una fiera. ¡Válgame Dios, y cuántas calamidades en un solo dia! Pero señor, ¿á qué extrañarme de nada, si hoy es miércoles? ¡Ay! ¿cómo podria yo evitar su maldita influencia? ¡Si uno pudiera morirse el martes por la noche y resucitar el jueves por la mañana!!

ESCENA XVI.

D. CANUTO, LEON, MARTINA, despues BRÍGIDA.

CANUTO. ¡Calle! ¿Si será ella? (*Tratando de reconocer á Martina, que se recata de él.*)

LEON. ¿Qué está usted mirando?

CANUTO Nada, nada. Creí reconocer á esa señorita.

LEON. Efectivamente la conoce usted. No tengas cuidado en descubrirte, que el señor está ya advertido. Esta señorita es Martina. (*Le levanta el velo.*)

CANUTO. ¡Cielos! ¡Martina!

BRIGIDA. (*Entrando.*) ¡Martina! La que se come los pasteles...

LEON. ¿Qué está diciendo esa mujer?

CANUTO. Nada, no haga usted caso. Es que está un poco... (*Señalándola la frente.*)

BRIGIDA. ¡Malvado! ¿Eso es decir que yo estoy loca?...

CANUTO. Yo te explicaré... Oye. (*Se la lleva á un lado.*) ¿Ves á ese

caballero?

BRIGIDA. Si. ¿Y qué tenemos con eso?

CANUTO. Ese es el amigo de marras, el que me encargaba enviase á Martina las cartas y los pasteles. Ahí lo tienes todo explicado.

BRIGIDA. ¿Y eso es verdad?

CANUTO. Tan verdad, como que te quiero mas que nunca, ¡pichoncita!... (Acariciándola.)

BRIGIDA. No pienses que me engañas otra vez con tus zalamerias. No creo nada de lo que has dicho, y ahora mismo voy á hacer la prueba.

CANUTO. ¿Qué es lo que intentas? (Deteniéndola.)

BRIGIDA. ¡Preguntárselo á ellos mismos, y como me engañes, el escándalo no será flojo!

CANUTO. No seas imprudente... (Al fin me va á comprometer... Y el otro que tiene siempre el revolver tan á punto.)

BRIGIDA. Déjame. Yo descubriré la verdad.

CANUTO. (No hay mas que echarlo todo á barato, á ver si enredándolo...) Él mismo te convencerá. Oye, Leon... Ven acá, Leoncito... escucha... (Le coge con la mayor familiaridad y lo deja á un lado hablando con su mujer, uniéndose él á Martina.)

LEON. ¿Quién le ha dado á usted facultades para tutearme?

CANUTO. Vamos, no disimules Explícale á mi mujer el misterio de las cartas y los pasteles... (Se separa de ellos.)

BRIGIDA. Mi marido me lo ha contado todo.

LEON. ¿Pero se han vuelto ustedes locos?

BRIGIDA. Y yo que tenia celos de ella...

LEON. ¿Pero de quién?

BRIGIDA. De Martina...

CANUTO. ¿Con que es un primo tuyo... eh? (Siguen hablando los otros en secreto y con mucha animacion.)

MART. Si, por parte de madre.

CANUTO. El verdadero primo he sido yo.

MART. ¡No grites, por Dios!

CANUTO. ¡Guantera sin conciencia! ¿Era esta la ocupacion tan indispensable que tenias esta noche? Venir á comer paste·

les con otro amante y á mi misma pasteleria... Esto no tiene ejemplo...

MART. Lo que no tiene ejemplo, es prometer casarse conmigo teniendo mujer.

CANUTO. (¡Me aplastó!) Eso no ha sido engaño, porque aunque es verdad que tengo mujer, no la quiero... y es como si no la tuviera. Pero tú que ayer mismo me jurabas... Eres una guantera sin entrañas, y como yo te pesque á solas algun dia... te voy á poner mas blanda que un guante. (Siguen hablando en secreto y con animacion en ambos grupos.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS ANTERIORES, el VIZCONDE.

VIZC. (Desde la puerta.) (¡Malo!... que ya volvió el marido. Tambien está aqui Leon... ¿Á qué habrá venido á la pasteleria?)

LEON. ¡Calle! Yo conozco esa cara... ¿Será él?... (Se dirige al Vizconde reconociéndole; Brígida se aproxima á D. Canuto y á Martina, entablando conversacion con ellos é indicando dudas y sospechas.) No hay mas... ¡Vizconde! Chico, pareces un contrabandista.

VIZC. ¡Chist!... ¡silencio! ¡Esta noche soy el jefe de la policia secreta!

LEON. No comprendo...

VIZC. Una conquista. ¿Y tú á qué has venido aqui esta noche?

LEON. ¿Ves á aquella jóven? (Hablan en secreto y se rien.)

BRIGIDA. No creo una palabra de cuanto me estan ustedes diciendo; y si yo llegara á descubrir que usted se ha comido esos pasteles á costa de mi marido... no saldria usted sana de mis uñas. ¡Bonita soy yo!

CANUTO. Vamos, Brígida, vamos. Habla á esta señorita con mas moderacion.

BRIGIDA. ¿Aun la defiendes, infame? ¡Señorita! Si... ¡te veo!

MART. Sepa usted que soy de una familia distinguida. Soy

huérfana de un intendente...

BRIGIDA. Pues se conoce que su señor padre el intendente no le ha dejado orfandad, cuando tan fácilmente se embucha los pasteles de un hombre casado!

MART. ¡Ay! qué insulto... ¡Á mí me va á dar algo!...

CANUTO. (No hagas caso de mi mujer, que es un tigre.)

BRIGIDA. ¡Pícaro! ¿Aun le hablas en secreto? (Pellizcándola.)

CANUTO. ¡Ay!

LEON. ¿Qué es eso?

CANUTO. ¡Nada, nada!... (El Vizconde habla con Brígida con interés.)

LEON. Sospecho que entre usted y Martina hay gato encerrado.

CANUTO. Esa es una alusion á mi oficio de pastelero.

LEON. ¿Quién le habla á usted de pasteles ni de?...

BRIGIDA. Ahora le explicaré yo á usted...

CANUTO. ¡Brígida! (Esta mujer va á ser mi perdicion. ¿Cómo salir en bien de este laberinto?)

LEON. Ya voy comprendiendo el misterio de los pasteles... (Á Brígida, con quien habla, y sacando el revolver.)

CANUTO. (Desmáyate, ó lo descubro todo... (Á Martina.)

MART. ¡Ay!... No sé lo que siento... Los nervios... Téngame usted... (Á D. Canuto, que la recibe en sus brazos.)

LEON. Voy á traer vinagre. (Vase.)

BRIGIDA. Suelta á esa mujer al momento.

CANUTO. Está desmayada y se vá á romper la crisma. Los nervios se le han puesto en revolucion.

BRIGIDA. Yo tambien tengo nervios... y me desmayaré en los brazos de la policía... (Á D. Canuto.)

CANUTO. ¡Ese seria un desmayo de mala fé!... (Á Brígida.)

BRIGIDA. ¿La sueltas?

CANUTO. No.

BRIGIDA. ¿La sueltas?

CANUTO. No.

BRIGIDA. ¡Ay!

VIZC. ¿Qué es eso, Brigidita?

BRIGIDA. Que tambien me va á dar un accidente... Que me da... (Cae desmayada en los brazos del Vizconde, quien, así como don Canuto á Martina, hace aire á Brígida, formando entre ambos gru-

pos grotescos.)

LEON. ¿Esa tambien? ¡Bonito cuadro!

VIZC. (¡Al fin la tengo en mis brazos!...)

CANUTO. Oiga usted. No se aproveche ahora de la ocasion y la oprima demasiado.

VIZC. Es solo para que no se caiga...

CANUTO. Yo la tendré y será mejor. Don Leon, ó don Tigre: hágame usted el favor de encargarse de estos nervios...

LEON. Espere usted á que aspire bien este vinagre.

CANUTO. Mire usted que la dejo caer.

LEON. Hombre... No haga usted semejante barbaridad... ¡Hoy se ha empeñado usted en que yo lo mate!

MART. ¡Ay!.., (Volviendo en sí.)

CANUTO. Ya se le pasa.

BRIGIDA. ¡Ah! (Volviendo é incorporándose.)

VIZC. Y á su esposa de usted tambien...

CANUTO. (Cogiendo á Brígida cariñosamente) Pues entonces háganme ustedes todos el obsequio de dejarme á solas con mi mujer, y no vuelvan nunca por esta pastelería, porque la cierro mañana y me marcho de la córte. ¿Apruebas tú mi resolucion?

BRIGIDA. Solo asi podremos vivir en paz.

LEON. Cuidadito... con que se lo cuento usted á su tia. (Llevándose del brazo á Martina.)

CANUTO. Hombre... Váyase usted con Dios y déjeme ya de tias y de...

VIZC. Regularmente nos veremos en el pueblo donde usted se estublezca. (Despidiéndose.)

CANUTO. Es que pienso irme á Pekin y allí no hay policia secreta... y si usted va... (Amenazándola.)

BRIGIDA. Mañana mismo levantaremos el establecimiento.

CANUTO. Si, no quiero pasar otra vez los sustos de esta noche.

BRIGIDA. Aun te queda el último. (Señalando al público.)

CANUTO. Tienes razon: voy á ver si puedo evitarlo. (Adelantándose.)

Señores, que oigais espero
cuatro palabras; oid:
Hoy mismo abandonar quiero

mi oficio, porque en Madrid...
hay ya mucho pastelero.
Pongo fin á mi tarea
y á vivir voy en el ocio,
que aqui, aunque es cosa fea,
todo el mundo pastelea
con tal de hacer su negocio.
El periodista que ayer
hacia la oposicion,
y hoy habla bien del poder
porque un destino, el leon
ha trasformado en cordero...
¿Ese qué es? Un pastelero.
Gobierno que mima y ruega
á los del contrario bando;
que al tira y afloja juega,
y por conservar el mando
se mete á titiritero...
¿Ese qué es? Un pastelero.
Diputado que alborota
é independiente se llama,
y con el gobierno vota
en todos tiempos, y exclama
que el órden es lo primero...
¿Ese qué es? Un pastelero.
Empleado, defensor
de una situacion caida,
que no dimite en seguida,
y adula y busca el favor
del que se halla en candelero...
¿Ese qué es? Un pastelero.
Y yo, que estoy criticando
tanta y tanta pastelada,
mientras asi os voy hablando,
claro... estoy pasteleando
por lograr una palmada.

FIN DE LA COMEDIA

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 17 de Octubre de 1863.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

CONSPIRAR CON BUENA SUERTE.
MISTERIOS DE PALACIO.
COSTUMBRES POLÍTICAS.
LA ESCUELA DE LAS MADRES.
VIVIR SOBRE EL PAIS.
EL MUNDO POR DENTRO.



